COMEDIA NUEVA,

INTITULADA:

LO CIERTO POR LO DUDOSO,

Ó

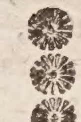
LA MUGER FIRME.

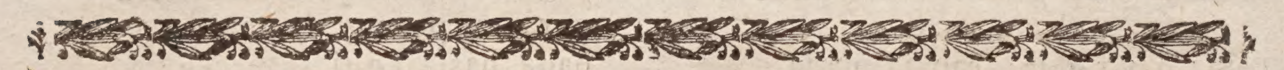
EN TRES ACTOS.

POR D. V. R. A.

FORMADA POR LA QUE CON EL MISMO TITULO
ESCRIBIÓ EL CELEBRE LOPE DE VEGA.

PERSONAS.

Don Enrique.  *El Adelantado.*  *Doña Inés.*
Don Pedro. *Chichon.* *Elvira.*
Don Tello. *Doña Juana.* *Acompañamiento.*



ACTO PRIMERO.

El Teatro estará á media luz; la mutacion será de calle: debe préceder alguna salida de gentes que van de música, como se acostumbra la noche de San Juan.

Enrique y Chichon.

Chich. Obscura noche en verdad.
Enriq. Sin embargo, hoguera tanta
las negras sombras espanta,
y vence su obscuridad.
Chich. Mejor ha estado la tarde.
Enriq. La de San Juan en Sevilla
es alegre á maravilla:
¡qué es ver el precioso alarde
que hace de sí placentera,
ostentando su finura
tanta divina hermosura,
del Bétis en la ribera!
¡qué es ver en el claro rio
tantas barcas enramadas,
de toldos entapizadas,
formando un bosque sombrío,
y en ellas alegremente
bailar todos muy contentos
al son de los instrumentos

que acompañan la corriente!
Chich. ¿Y qué es ver tanto maton,
muy erguido y puesto al olio,
con sombrerazo de á folio
ostentando el espadon,
con retorcido vigote,
y como inspirando asombro,
mirar por cima del hombro,
asomándose al capote,
ir chorreando pendencia,
y hacerse lugar, diciendo,
apártense: no están viendo
que aquí va la omnipotencia?
¿Qué es ver á tanta garduña,
de clase y de trato vil,
buscar, mas que un alguacil,
en donde encajar la uña?
¿Qué es ver á tanta gitana
decir la buena ventura,
y hacer Pontífice á un Cura
que apenas tiene sotana?
Una de ellas me la dijo,
y viendo mi poco fuste,
despues de infinito embuste,
que contar fuera prolijo,
mirándome á lo ceñudo,
exclamó, diste en las brasas,
advierte que si te casas
serás muy grande... no dudo
supones el consonante;
pero yo á la gran taimada,
la dí tan fiera puñada
en la boca, que al instante
le saltó, segun mi cuenta,
solo un diente que tenia;
con que quedó de su encía
el taller sin herramienta.
Enriq. No te vuelva á suceder,
que te sabré castigar,
y enseñarte á respetar
hasta el nombre de muger:
me cansan las tiranías
de quien las hace desprecios;
los feos, pobres y necios
suelen tratarlas de harpías;
pero quien sabe estimarlas,
y las merece agradar,
jamas se llega á cansar
de engrandecerlas y honrarlas:
por Dios que donde no están
no hay verdadera alegría;
no tenemos compañía
como la que ellas nos dan:
nuestras enfermeras son
de alma y cuerpo.
Chich. Así es verdad,
á no tener vanidad
su mudable condicion.
Enriq. No es toda muger igual.
Chich. Buena es la que se comide,
bello animal si no pide,
si pide es bravo animal;
¿mas no viste la aficion
con que el Rey muy disfrazado,
del Maestre acompañado,
seguía á Juana, blason
el mas bello de la casa
de Castro, en todo famosa?
Enriq. Calle tu lengua alevosa,
que el corazon me traspasa:
ha dado en servirla ahora
mi hermano, que me aborrece,
por presumir que merece
mi amor tan bella señora,
que es honor de Andalucía;
¡nunca yo la mereciera,
nunca mi obsequio admitiera
para su pena y la mia!
nada hasta aquí sospeché
del empeño de mi hermano,
y en él siempre afecto sano,
y aun amistoso encontré;
mas ya de sí me desvía,
y me trata con rigor,
porque el reino y el amor
nunca admiten compañía.
Cuánto fia en lo que puede!
estoy perdido, estoy loco!
mas perder el juicio es poco
á quien esto le sucede.
Chich. Pero eso tanto te apura?
ser tuya no prometió?
Enriq. Pues si no viviera yo?
Chich. Morir fuera mas locura.
Enriq. Hablas con ese reposo
porque nunca habrás amado;

pero no hay mas triste estado
que el de amar y estar celoso.
Son celos una pasion
que al mas cuerdo desatina:
de amor deidad peregrina,
adúltera sucesion.
Son celos fuente de enojos;
son un azote del sueño,
y una atalaya sin ojos.
Son celos unas escuchas
y solicitudes locas,
que para verdades pocas
hacen diligencias muchas.
Son celos haber creido
una sombra, una ilusion,
que del sol de la razon
forma el interior sentido.
Son celos cierto temor
tan delicado y sutíl,
que si no fuera tan vil,
pudiera llamarse amor.
Son principios de mudanza;
y fin de la obligacion.
Son agena estimacion,
y propia desconfianza;
son un desengaño salvo
del pensamiento dormido,
son relojes del olvido
con despertador de agravio.
Son cuerpo del pensamiento
que no le tuvo jamás;
pasos que amor vuelve atrás
para correr por el viento;
y aun es semejanza nueva,
de linterna es su costumbre;
pues vemos mover la lumbre,
y no vemos quien la lleva.
Son finalmente rigores,
que amando es fuerza tenellos,
pues ni amor está sin ellos,
ni ellos están sin amores.

Chich. Mas cortas son por acá
esas cifras y desvelos.

Enriq. Pues cómo entiendes los celos?

Chich. La difinicion que dá
quien ama, gente accesible,
ya entiendes, gente tratable,
de esfera comunicable,
y no de un alto imposible,
es sospechar, no parar,
llegar y reconocer;
y en fin, entre hombre y muger,
escusando todo hablar
en mentiras ó verdades,
sin oir satisfacciones,
darse cuatro mojicones
y luego hacer amistades;
mas nos hemos de acostar?

Enriq. Antes voy á ver á Juana,
que pena tan inhumana
solo ella puede aliviar:
mas ay! que aunque á toda ley
quiere firme mantenerse,
cómo podrá defenderse
de los esfuerzos de un Rey? *Vanse.*

Sala: salen Doña Juana y Doña Inés

Juana. Por puntos mi turbacion
va creciendo, prima mia;
qué aciago ha sido este dia!

Inés. Estraña es tu condicion!
decirte el Rey que te ama,
puede causarte inquietud?

Juana. Sí, que su solicitud
es peligro de mi fama;
pero aun cuando así no fuera,
¿cómo admitirá su amor
mi pecho, si otro señor
reina dentro de su esfera?
y si no doy dulce pago
á la pasion que alimenta,
de su condicion violenta
temible es cualquiera estrago;
que es como el rayo, el poder
le irrita la competencia,
y donde halla resistencia
mayor daño suele hacer.

Inès. Tan poco aprecias un Rey
que te puede coronar?
al trono puedes llegar;
que no hay en Castilla ley,
que el casamiento le impida
con la hija de un vasallo:
yo por tus méritos callo,
si es dicha ó no, ser querida
de un Rey para casamiento,
que el señor Adelatado

mayor, no iguala su estado,
si iguala su nacimiento:
pero no puedo escusarme
de decirte que es locura
no conocer tu ventura.

Juana. Bien pudiera disculparme
con pintar la condicion
de amor; pero yo sopecho,
que aunque lo ignore tu pecho,
lo sabe tu discrecion,
que historia habrás leido
de mugeres que han amado.

Inés. Siempre amor fue disculpado
de necio, no de atrevido.

Juana. Acaso es necio mi amor?
no es del Rey hermano el Conde?

Inés. Si, pero aquel corresponde
mas á su propio valor.

Juana. De Enrique el merecimiento
en cualquiera estremo toca.

Inés. A tí que amor te provoca,
te falta conocimiento;
mas yo que no juego y miro,
lo entiendo mucho mejor.

Juana Conocerás en rigor
cuán justamente suspiro,
y que de mi amante fiel
pueden todas tener celos.

Inés. Digo mal de Enrique, cielos,
y estoy muriendo por él. *Ap.*

Juana. Hay quien grosero manjar
á otro esquisito prefiere.

Inés. Pero deso qué se infiere?

Juana. Defecto en el paladar.

Inés. El gusto.. *Juana.* No lo condeno;
pero en mi abono señalo
que hay quien gusta de lo malo.

Inés. Porque lo imagina bueno.

Juana. Luego solo es ilusion,
hija de la fantasía...

Sanlen Enrique y Chichon.

mas quén entra? *Inés.* Quién podia
ser sino Enrique? *Enriq.* A ocasion
llego que tal vez disgusto.

Juana. En vos tal descortesía?
Casi raya en villanía
un recelo tan injusto.

Enriq. Perdonad si os ofendié
quien tan fino os está amando.

Juana. Y lo decís suspirando?

Enriq. Qué triste no suspiró?
no me sobra la razon?

Juana. Dejanos, Inés, aquí. *Hablan ap.*

Inés. Los celos, con ser en mí *Ap.*
tan rigurosa pasion,
no me deja amor gozar;
que aun celosa ver quisiera
la causa, si amor me diera
para gozarla lugar.
O temibles desconsuelos!
ó nunca visto rigor,
que aun no dejes á mi amor
satisfacerse de celos? *Vase.*

Chich. Siento un sneño tan activo
que no puedo remitir;
bien dicen que es el servir
el mejor soporativo.

Arrímase á un bastidor.

Juana. Mucho, Conde, me ha pesado
que del Rey estés celoso.

Enriq. Un señor tan poderoso,
á quién no ha de dar cuidado?
Con tan diferentes ojos
se mira un Rey, que no sé
cómo quereis vos que esté
sin celos y sin enojos.
Por mas que en sangre le iguale,
si tiene mi pretension,
quién no ha de hacer eleccion
de quien mas puede y mas vale?
Tanto mi amor le prefiere,
que si posible me fuera
no quereros, no os quisiera
tan solo porque él os quiere;
y aunque quiero con temor,
y con esperanza muero,
porque os quiero como os quiero
le quisiera dar mi amor.
Mas ya que no puede ser,
su amor tomaré á mi cuenta,
y pues quereros intenta,
por los dos quiero querer:
y así obligada quedais,
queriéndoos ámbos á vos,
pues os quiero por los dos,
á que por dos me querais.

Juana. Enrique, si al Rey hablé
con palabras generales,
y de sus labios reales
mil finezas escuché,
no es una gran maravilla:
qué celos puedes tener,
si sabes que ha de volver
dentro de un mes á Castilla?
Que es digno de ser amado,
te confieso, por Señor,
por Rey, y por su valor,
y por haberme obligado
con lo mas que puede ser,
pues no puede hacer quien ama
mas fineza por su dama,
que quererla por muger.
Mas ya que sin conocerle
puse en tí todo mi amor,
conoceré su valor,
pero no para quererle:
que esta fe no ha de faltar
sino porque falte en tí,
que el amor que reina en mí
no es Rey que da su lugar.
Enriq. Solo, mi bien, en tu dia,
pues ya lo es, sucediera
tanto bien á quien te espera
con tan amante porfia;
logres los años que ahora
cumples, con tan altos bienes
como las gracias que tienes,
de que el amor se enamora,
que yo vengo á celebrarlos
contigo, aunque mas quisiera
que el tiempo veloz pudiera
pasar por tí sin contarlos;
y ojalá, pues sin engaños,
tanto de mi amor confias,
que yo pasára los dias,
y tú cumplieras los años.
Tu virtud el medio sea
en que mi descanso viva:
no soy Rey, que amor no estriva
en reinos que no desea,
sino solo en voluntades:
tuya es la mia. *Juana.* Quen viene
contigo?
Enriq. Quien solo tiene
parte en estas amistades.
Llégate, y besa, Chichon,
á la Condesa los pies:
no lo entiendes?
Chich. Mejor es *Como soñando.*
en la calle del Rincou..:
Enriq. Qué dices?
Chich. Y mas barato. *Lo mismo.*
Enriq. Duermes, pícaro? dispierta. *Dale.*
Chich. Sí señor; ya estoy alerta:
qué no he de de dormir un rato
Enriq. Llega, y habla á la Condesa.
Chich. Pues tanta dicha le toca
á mi asquerosísima boca,
besa señora... no besa,
porque fortuna como esta
no es reservada á mi estado,
que la boca de un criado
todo lo que toca apesta.

Sale Doña Inés, asustada.

Inés. Ay prima! el Rey.
Chich. El demonio.
Juana. Qué dices?
Inés. Que le ví entrar.
Enriq. Ya qué mas claro ha de estar
de mi muerte el testimonio?
Juana. Escóndete.
Enriq, Para qué?
Juana. Entra en ese gabinete,
pues que mi amor te promete
no faltar nunca á su fe.

Escóndese, y salen el Rey y el Maestre.

Rey. No se enojará, Maestre,
pues que la noche, licencia
dá para esta libertad.
Juana. Cómo, Señor... V. A.
honrando esta humilde casa?
Desde hoy mas pondré á sus puertas
para mas este blason;
aunque están honradas ellas,
con los que ganó mi padre,
y traerá de las fronteras
mañana, pues tengo aviso
que mañana mismo llega.
Rey. Bien conozco á vuestro padre:
si así hablais porque en su ausencia
vengo á visitar su casa,
volveréme á salir de ella;

que estimo al Adelantado
en la paz como en la guerra,
de la que vuelve triunfante.
Juana. Que de esa suerte envilezca,
V. A. la alegría
que tengo de verle en ella,
es deshacer el favor
que nos ha hecho en quererla
honrar esta noche.
Rey. Así será justo que se entienda;
nada me dices, Inés?
Inés. Embarga, señor, mi lengua
el respeto que es debido
á tan augusta grandeza.
Maest. Bizarra dama!
Rey. No es poco
que junto el sol lo parezca:
yo pensé hallar esta sala,
y mas siendo noche vuestra,
la de San Juan por el nombre,
de otra manera compuesta.
Por qué no habeis hecho altar
como lo hacen otras bellas
damas en aquesta noche?
Juana. Por no tener concurrencia;
que estando mi padre ausente
ser reparable pudiera.
Maest. Conque nadie viene á veros?
Mucha soledad es esa!
Juana. La que al decoro conviene.
Rey. Sin que el decoro se ofenda,
¿no hay ningun privilegiado
contra el temor de esa regla?
Juana. La pregunta que me haceis
no entiendo qué objeto tenga.
Rey. No os hagais desentendida,
señora, hablad con franqueza,
qué es de Enrique? le habeis visto?
Juana. No por cierto, ni pudiera
imaginar que pensara
esas cosas V. A.;
sin duda alguna á estas horas
el Conde por las riberas
de esta ciudad generosa,
mas fáciles garzas vuelan;
que imagines una cosa...
Ruido dentro del gabinete, como de haberse quebrado vidrios.
Rey. Callad, qué es eso que suena?
alguien hay dentro escondido.
Juana. Cielo santo! yo estoy muerta!
Rey. Llega, Don Tello, registra
esa estancia, pues pudiera...
Juana. Señor, será algun criado...
Rey. No importa; mirarlo es fuerza.
Maest. Dos hombres hay embozados.
Rey. Mátalos, ó salgan fuera. *Salen.*
Enriq. Ten la espada; el Conde soy,
que sin que nadie me viera...
Rey. No prosigas, que no quiero
satisfacciones tan necias.
Enriq. Modera tu condicion,
pues mi verdad desempeña
el que no debes creer
que yo por tí me escondiera,
siendo mi hermano.
Juana. Señor,
su razon es justo atiendas,
pues que debes persuadirte
á que entró sin mi licencia.
Rey. No creeré sino el agravio
que mi amor manda que crea.
Sal, Enrique, de Sevilla,
no estés el San Juan en ella;
pues me das tan mala noche.
Enriq. Razon es que te obedezca
si has pensado mal de mí.
Maest. Señor, si el Conde creyera
que te habias de enojar...
Rey. Déjame, Maestre.
Maest. Llega,
Enrique, y pide perdon
á S. A.
Enriq. Yo lo hiciera
á pensar que cabe en mí
solo un átomo de ofensa.
Maest. Señor, no se vaya Enrique;
hazlo por mí.
Rey. Como él quiera
hacerme pleito homenage,
pues insiste en su inocencia
de dejar su pretension.
Maest. Ten esa condescendencia.
Enriq. Señor, mas quiero fiar
mi destierro de mi ausencia,
que mi amor de mi deseo;

que ausente no habrá que temas,
y estando presente sí;
y no sé yo cómo puedas,
ni tú perder esos celos,
ni yo olvidar esta puerta;
pero me admiro de ver
que te pese que yo quiera
á Doña Inés, pues creía
que era Doña Juana bella
dueño de tus atenciones.

Rey. Conque persuadirme intentas
que á Doña Juana no sirves?

Enriq. Si á Doña Juana siviera,
ella volviera por mi;
mas pues calla, qué mas prueba
quieres de que no te ofendo?
pero si no basta esta,
sea mi triste destierro
tu satisfaccion mas cierta. *Vase.*

Chich. Si yo pudiera escurrirme
sin que nadie lo advirtiera!

Rey Ha hidalgo?

Chich. Pues no es á mí.

Rey. Ha Gentilhombre?

Chich. Tampoco.

Maest- Llega, Chichon; estás loco?

Chich. Señor, en qué te ofendí?

Maest. Responde al Rey.

Chich. Yo confiero
que no entendí, y no te asombre,
que entre hidalgo y gentilhombre
todo lo soy menos eso.

Juana. Cómo? el oirlo me agrada. *Al Rey.*

Chich. Bien al propósito salgo,
que hidalgo dice, hijo de algo,
y yo lo soy de la nada:
ser gentilhombre es blason
de Caballero escelente,
y yo soy unicamente
gentilísimo Chichon.

Rey Dí á tu amo que no crea
que de burlas le destierro;
y que si vuelve lo encierro
á donde nadie le vea:
y esta piedra soberana
sea premio merecido
de saber que tú has podido
agradar á Doña Juana.

Chich. Vivas, ilustre Pedro generoso,
mas que deuda de pródigo entrampado,
mas que el griego carroño amojamado,
y que matusalen el mas añoso:
mas que el abejaruco prodigioso
por solo los poetas engendrado,
pues ni crudo, cocido, ni guisado
no le vió ni Heliogábalo el guloso.
La fortuna tus dichas nunca estafe,
á tus contrarios siempre les des pique;
tu armada en otro mundo velas zafe;
tu fama al bronce el labio eterno aplique
desde el muro de Fez al Aljarafe,
y desde Santiponce á Mozambique.
Vase.

Rey. Valiente humor!

Maest. Peregrino!

Rey. Estareis muy triste?

Juana. Yo?

Rey Si su ausencia os lastimó,
saldrá mi amor al camino;
que puesto que es desatino
deciros que tengo celos,
han llegado mis desvelos
á ponerme en un crisol,
donde los tengo del sol,
y me dan celos los cielos.
Tales son ya mis antojos,
que de mí mismo los tengo;
cuando á retratarme vengo
en las niñas de esos ojos.
No os den mis penas enojos,
basta que las tenga yo;
y pues amor me obligó
á penas á magestades,
agradeced mis verdades,
mis merecimientos no.
Y si sabeis que entre buenos
no hay ingratitud jamás,
no pierda yo por ser mas
lo que otros ganan por menos.
Volved los ojos serenos
al triunfo de estos despojos:
si el ser quien soy os da enojos,
reinad vos, y yo pondré
la corona á vuestro pie,
como el alma en vuestros ojos. *Vase.*

Maest. Mal habeis hecho en callar,

señora, en esta ocasion;
que aunque desprecios no son,
se suelen imaginar:
yo no os puedo aconsejar:
mi hermano es el Rey, y el Conde
tambien: la razon responde,
que es mejor á toda ley,
querer en público á un Rey,
que no á un hombre que se esconde.
Mirad que es notable error
no conocer la fortuna,
porque suele vez alguna
trocar en odio el favor.

Juana Decid al Rey mi señor...

Maest. Proseguid, qué le diré?

Juana. No sé por Dios!

Maest. Pues yo sé
que no es de muger prudente
no levantar á la frente
corona que os pone al pie. *Vase.*

Juana. Confusa estoy!

Inés. Con razon.

Juana. Qué de dudas me combaten!

Inés. Ya qué puede haber que traten
tu ignorancia y tu pasion,
que no sea perdicion
de tu honor y de tu casa?
Si Enrique se va, y se casa
en Castilla, qué has de hacer
perdiendo un Rey?

Juana Soy muger,
todo me yela y me abrasa.
Veo á Enrique desterrado;
veo enamorado al Rey;
veo que en amor no hay ley,
ni ausente firme cuidado;
un poder determinado
estorba lo que no alcanza:
un ausente la mudanza
teme y olvidar procura.
O amor, sin parte segura
ya eres temor, ya esperanza!

Inés. Olvidar es lo mejor,
prima mia, al Conde ausente;
no aguardes que el Rey intente
cosa que ofenda tu honor.
Como me muero de amor *Ap.*
de Enrique, aconsejo olvido.

Vase, por el lado opuesto salen Enrique y Chichon.

Chich. Ya, señor, todos se han ido;
pero...

Enriq. Yo no estoy en mí!

Juana. Ola? quién ha entrado aquí?

Enriq. Enrique soy, ó lo he sido.

Juana. ¿Cómo te has entrado,
Conde de esa suerte,
sin ver el peligro
que tan cerca tienes?
Mira que te espones;
mira que los Reyes
si son competidos,
muestran lo que pueden.
Mal San Juan me has dado
con venir á verme;
no fuí yo culpada
de que el Rey te viese:
mal haya el amante
que á tiempo que viene
á ver de secreto
la dama que quiere,
no repara en cuanto
descubrirle puede,
ni aun su misma sombra,
si posible fuese,
traer debería;
pues vemos que á veces,
por sola su sombra
el cuerpo se siente.
Mas por qué me alargo?
no sea que intente
el Rey mi desdicha
si volviese á verte:
vete, Conde mio,
por mas que me pese;
si he de verte muerto,
mas te quiero ausente:
dichosas te gocen;
desdichas te pierdan.
Mucho se entra el dia,
ya no le detiene
la noche en su cárcel;
sus tinieblas vence,
se ven ya los montes
vestidos de verde;
las aves al alva

caludan alegres,
y yo estoy temiendo,
porque ama quien teme:
qué me estas mirando?
por qué te suspendes?
vete, Enrique mio,
mira que amanece.

Enriq. Si yo imaginara
que tales desdenes
oirte pudiera,
no volviera á verte.
Reconozco cuanto
mal hice en que vieses
otra vez perdido
tu olvidado ausente.
Estraña desdicha
es, que antes que deje
tu ingrata hermosura,
ausente me cuentes.
Pero si la ausencia
hace que amor cese,
tú me has olvidado
antes que me ausente:
finges mi peligro,
mi muerte encareces,
los duros enojos
de mi hermano temes,
airado le escusas,
amante le absuelves:
tienes mil razones,
y todas me advierten
de que tú me guardas,
pero es de quererte;
dices afectando
piedades crueles,
que me quieres vivo,
por mas que otra llegue
á gozar dichosa
la dicha que pierdes:
no es esa la causa,
sino la de verte
ya desvanecida
porque un Rey te obsequie,
que puede elevarte
al solio eminente.
Por eso me dejas,
por eso me vendes:
pues juro á tus ojos,
á mi amor aleves
cuando mas los amo,
de que eternamente
tengan otro dueño
los que tú aborreces:
yo parto á Castilla,
donde, si viviere,
te dirán que he sido
ejempo valiente
de firmeza injusta,
pues no la mereces
sino por hermosa,
pues en serlo escedes
á Venus divina;
y porque amanece,
como tú lo dices,
á Dios para siempre. *Ella le detiene.*

Juana. Espera, bien mio.
Enriq. Huir me conviene.
Juana. De la que te ama?
Enriq. De la que me ofende.
Juana. Mi amor, mi regalo...
Enriq. Mi pena, mi muerte.
Juana. Qué mal que me tratas!
Enriq. Qué bien lo mereces!
Juana. Mi llanto te ablande.
Enriq. Tus lágrimas mienten.
Juana. Del alma son hijas.
Enriq. Tu engaño las vierte.
Juana. Solo á tí te amo.
Enriq. Al cielo pluguiese.
Juana. Oye por tu vida.
Enriq. Acaba, qué quieres?
Juana. Que sepas, bien mio,
que no hay intereses,
que de mis amores
la firmeza alteren:
en tí cifro todos
mis males y bienes.
Solo una vez aman
las nobles mugeres;
y de ellas espejo
he sido yo siempre.
Si te has enojado
porque te dijese
que de aquí te fueras,
te juro mil veces
que tuve tan solo

tu rigor presente.
Bien mio, que adoro,
ya bastan desdenes:
inclina tus ojos
serenos á verme.
Qué aun no te persuades?
qué no compadeces
mis duras fatigas,
mis penas crueles?
Mas como te ausentas,
llevarte resuelves
motivos que injustos
tu olvido fomenten.
Pero haz lo que quieras,
que en mí hallarás siempre
las mismas finezas
que ahora aborreces;
seremos entrambos,
con opuestas leyes,
tú ingrato, yo fina,
tú falso, yo fuerte,
tú infame, yo noble,
yo firme, tú débil,
yo espejo de amantes,
tú ejemplo de aleves.

Enriq. Qué magia es la tuya,
qué encanto, di, es este,
que no te resisto,
y sé que me ofendes?

Juana. Ofensa es amarte
tiernísimamente?

Enriq. Ay! cómo recelo,
que amor en mugeres
es el sol de Enero,
que pasa muy breve!

Juana. No habla eso conmigo,
que soy como el Fénix.

Enriq. Si así como en gracias
en amor lo fueses!
mas qué sirve todo
cuando he de perderte?

Juana. La causa?

Enriq. Mi ausencia.

Juana. No hay otra?

Enriq. Y es leve?

Juana. Quien piensa las hace.

Enriq. Qué amante no teme?

Juana. De mí desconfias?

Enriq. Mi hermano te quiere.

Juana. Pues yo quiero al suyo.

Enriq. Un Rey qué no puede?

Juana. Mandar en las almas?

Enriq. La tuya...

Juana. La tienes
tú solo.

Enriq. Apreciarla
sabré eternamente:
y á Dios, que no puedo
ya mas detenerme.

Juana. Mira cómo quedo.

Enriq. Vendré oculto á verte.

Juana. No haga tu mudanza
que me desespere.

Enriq. Amores? primero
oirás mi muerte.

Juana. Qué prenda me dejas?

Enriq. Mis brazos si quieres.

Juana. De esposo?

Enriq. Y de esclavo.

Juana. O amor! qué no vences?

ACTO SEGUNDO.

Campo: cajas y clarines, y salen el Adelantado y soldados.

Adel. La cosa mas alegre que en la vida
permite al ser mortal humana gloria,
es la patria del hombre tan querida,
despues de alguna próspera victoria.
Salir del mar en que la vió perdida,
ó á los amigos referir la historia
del cautiverio, no es de tanto ejemplo
como ofrecer una bandera al templo.
Tenemos, desde el tiempo de Rodrigo,
siglo infeliz, por la traidora Caba,
en nuestra misma casa al enemigo;
y la que fue señora, vive esclava.
De esto es Granada pertináz testigo:
aunque en ella parece que se acaba
la soberbia del bárbaro Africano:
tal freno tiene en el valor cristiano.

Salen el Rey, el Maestre y acompañamiento.

Rey. Al son de vuestras cajas he querido,

Adelantado, primo, anticiparme,
y venir como veis.
Adel. Habeis lucido
mis armas como el sol.
Rey. Llegad á darme
los brazos.
Adel. Es favor no merecido:
efecto del amor es el honrarme,
que los servicios del valor pequeño,
los hace grandes el amor del dueño.
Pensó Aliatar, pensó el valiente moro,
ó generoso Príncipe, que habia
de volver á Granada con el oro
que á su Africano Rey llevar solia:
y fuera de dejar aquel tesoro,
perdió mil hombres, el que no queria
menos que aquel tributo que lamenta
España con dolor de tanta afrenta.
Despues de aquella célebre victoria,
en que acabó con la roja espada,
se vió el Patron de España, que en memoria
á eterno feudo la dejó obligada:
ni se ha visto mayor, ni de mas gloria;
pues á los altos muros de Granada
llegaron los ginetes Castellanos
siguiendo los vencidos Africanos.
Rey. Castro, español blason, no hallo que pueda
ser premio de valor tan señalado:
permitid que lugar se me conceda
para salir de estar tan obligado:
hija teneis que vuestra casa hereda;
yo haré por ella que quedeis honrado
ántes que salga de la gran Sevilla
al igual de los Reyes de Castilla.
Tambien vuestra sobrina generosa
alcanzará de mis favores parte,
pues es tan bien nacida como hermosa:
y ahora descansad, cristiano Marte.
Adel. Señor, en toda empresa generosa
así prospere el cielo tu estandarte,
que se cante inmortal tu nombre solo
en cuanto dista de uno al otro polo.

Vanse todos, menos el Rey y el Maestre.

Rey. Con tan ilustres victorias,
Maestre, crece el valor
del objeto de mi amor.
Maest. Yo pienso que de estas glorias
solo estimas el tener
mas disculpa á tus antojos.
Rey. Nunca culparé mis ojos,
si viene á ser mi muger.
Maest. Ni pareciera razon,
si has de casarte en España.
Rey. A qué muger acompaña
mas generoso blason?
Y si mis antecesores
en España se casaron,
iguales casas hallaron
al valor de sus mayores;
pues qué tengo en que entender?
nadie me puede culpar;
qué ejemplo debo buscar?
Maest. Si me quieres atender,
en Navarra y Aragon
hallarás Princesas bellas,
elige cualquiera de ellas,
darás á tu sucesion
esplendor mas relevante;
y serás mas respetado
fortificando tu estado:
que esta es máxima importante.
Rey. Tú me estás aconsejando
de la razon al compas;
pero yo no puedo mas,
que el amor me está abrasando.
Maest. Con tan poco sufrimiento
toda tu gloria obscureces.
Rey. Ay Tello! que no padeces
mi riguroso tormento.
Maest. Pero no ha de haber un medio
que lo consiga aliviar?
Rey. El remedio es olvidar,
y se me olvida el remedio.

Vanse, y por el lado opuesto salen Chichon y Enrique, éste traerá un vestido menos rico.

Chich. ¿Piensas andar escondido
porque de trage mudaste
y de la banda dejaste
el blason esclarecido?
Enriq. Con lo festivo del dia
en mí nadie hará reparo.

Chich. Ay Señor! hablemos claro,
mira que eso es bobería,
que aunque quieran confundirse
con el disfraz de los trages
los ilustres personages,
nunca pueden encubrirse:
aun si fueras como yo,
fueran tus intentos buenos,
que en un Chichon mas ó menos
nadie hasta aquí reparó:
pero la falta en Castilla?
Su mas generoso Infante...
Enriq. Si prosigues adelante... *Enojado.*
Chich. Señor, no me maravilla
que no atiendas mi consejo,
pues si bien se conjetura,
le sirve tu misma altura
de broquel á tu pellejo.
Pero como el Rey inquiera
que acompañándote estoy,
y ando en esta danza, voy
sin remedio á una galera;
donde un cómitre neron
me pondrá dándome aprisa,
el forro de la camisa
como rueda de salmon.
Enriq. Si tienes miedo...
Chich. Eso no;
y bien tienes conocido
que con los moros he sido
peor que un médico yo.
Enriq. Pues cesa ya de argüirme,
Chich. Tu peligro me amedrenta.
Enriq. Qué amantes peligros cuenta?
Chich. No era mejor tener firme,
y proseguir el camino?
Enriq. Pero salia el amor
lo mismo que el salteador
que acomete al peregrino:
en resolucion, me muero,
Chichon; yo no puedo mas.
Chich. Y ya que en Sevilla estás,
qué quieres hacer?
Enriq. Qué quiero?
tal preguntas á quien ama?
quiero ver al dueño mio,
á quien el alivio fio
de esta inestinguible llama.
Un papel has de llevarla
porque sepa que aquí estoy,
y pueda conseguir hoy
verla, si no cabe hablarla.
Ven á casa de Don Arias,
donde pienso estar oculto.
Chich. Servirte no dificulto
como en ocasiones varias;
mas reflexiona advertido,
que llegó el Adelantado;
y aun que de todo criado
de cara soy conocido:
temo no poder servirte.
Enriq. Sin embargo, haz la esperiencia,
que tú en cualquiera ocurrencia
puedes muy bien encubrirte. *Vase.*
Chich. Esto es hecho: estoy mirando
el destino que me espera,
y la valiente galera
en que me veré remando:
y tiemblo, sin llevar faldas,
desde los pies al cogote,
porque ya siento el azote
del cómitre en mis espaldas. *Vase.*

Salon corto: salen el Adelantado, Juana é Inés.

Adel. Esto del Rey conocí,
pero no lo entiendo bien:
sabes tú lo que es?
Juana. Tambien
es enigma para mí.
Adel. Pienso que quiere casaros
con sus dos hermanos.
Inés. Vienes
tan humilde, cuando tienes
al Rey con hechos tan claros
puesto en tanta obligacion,
que imagino que no entiendes
tus méritos, y que ofendes
tu valor y tu opinion.
Adel. Solicitas que comprenda
que el Rey se quiere casar?
Inés. Por qué no lo has de pensar
si tienes tan alta prenda?
Adel. Ahora bien; aunque podia,
si muger no trae estraña,
casarse el Rey en España

con alguna prenda mia,
no lo quiero así entender;
porque si no sucediera,
mucho mas pesar tuviera
de verme así descender;
soy quien sabeis; he servido
en paz y en guerra años largos,
y los mas honrosos cargos
que hay en Castilla he tenido:
pero hasta ver declaradas
las dudas que ahora veo,
solo os diré que deseo
veros muy bien empleadas;
pero hablaremos despacio
cuando mas ocasion haya,
que ahora es fuerza que vaya
á presentarme en palacio. *Vase.*

Juana. No he querido, Inés, decir
á mi padre la intencion
del Rey.

Inés. Y por qué razon?

Juana. Porque no puede argüir
de su ausencia en la frontera
cosa indebida á mi honor.

Inés. Cómo te va del amor
de Enrique?

Juana. Esta necia espera *Ap.*
saber á fondo mi estado,
y que ama al Conde recelo;
mas yo le cortaré el vuelo,
y amor quedará vengado.

Inés. No me respondes?

Juana. Estaba
distraida: qué querias?

Inés. Saber cómo te sentias
de amor.

Juana. Aunque no se acaba,
tengo muy tibio el deseo,
no porque á Enrique olvidé,
sí porque no lo veré
en mi vida.

Inés. Así lo creo,
y si lo olvidas, lo aciertas,
pues se mejora tu amor
en hombre de mas valor
que te abre al solio las puertas.

Juana. Si hasta que yo me casara,
Inés, el Rey no entendiera
nuestro amor, yo prefiriera
á Enrique, y al Rey dejára:
pero si ya lo entendió,
y lo destierra de sí,
qué esperanza queda en mí?

Inés. La fortuna te ayudó;
y no será maravilla,
aunque lo riña lo amante,
que abandones un infante
por todo un Rey de Castilla.

Juana. Prima mia, yo imagino
que esforzándome á dejar
á Enrique, podré olvidar
este ciego desatino.
Los deseos dan contento
mientras que son asequibles;
pero en llegando á imposibles
se van del entendimiento.
El Rey, cuando no tuviera
mas que el ser Rey, á qué amor
no deshiciera el rigor?
qué pecho no enterneciera?
cuanto mas siendo galan,
entendido, fuerte, hermoso,
á pie y á caballo airoso;
que esto no lo negarás:
desde que se declaró
conmigo, sentí no amarle.

Inés. Nadie cesa de alabarle.

Juana. Tanto merece?

Inés. Pues no?

Juana. Pues desde hoy, prima mia,
viva el Rey.

Inés. Viva mil años,
y acábense los engaños
de esa tu loca porfia:
y pues resuelves querer
al Rey y dejar á Enrique,
bien será que te suplique
te dignes favorecer
un deseo que he tenido
oculto viendo tu amor.

Juana. Tiénesle á Enrique?

Inés. El mayor
que cupo en mortal sentido.

Juana. Ay necia, cómo te clavas! *Ap.*

Inés. Mucho ha sido mi tormento,
y mayor mi sufrimiento;

porque viendo como estabas,
no me osaba declarar,
Juana, por no darte enojos,
y aunque mil veces mis ojos
te lo pudieron contar,
decíales: no mireis,
que es de mi prima y señora
el Conde, y pues que le adora,
respetadle y no le ameis:
mas ellos inobedientes
á la razon, le miraban
tan tiernamente, que daban
señas de amor evidentes:
cuando viendo mis tristezas
la causa me preguntabas:
cuando llorando me hallabas
ó en iguales asperezas,
si no queria vestirme
ni concurrir á las fiestas:
y sola tú mis respuestas
pudieras, prima, sufrirme;
era verte con favores
de Enrique, y muerta de celos,
pedia siempre á los cielos
el fin de vuestros amores:
cumplióse ya este deseo,
pues tu suerte se mejora,
y por eso quiero ahora,
pues querer al Rey te veo,
que le pidas que me case
con Enrique y le haga mio.

Juana. Prima, aunque yo desconfio
de que con el Conde pasé
mas adelante mi amor,
no del todo le olvidé,
que es fuego que ayer se fue,
y aun no ha dejado el calor.
Mal has hecho en declararte
antes de saber de mí
que ya sin celos de tí
á Enrique pudiera darte:
pues debias conocer
que me habias de obligar
con estos celos á amar,
que así hace toda muger.
Al amor pintando van
como niño, y bien se infiere,
que lo que le dan no quiere,
y sí lo que no le dan:
¿no has visto á un niño jugar
con alguna chuchería,
y que acaba su manía
llegándola á despreciar;
mas si alguno solicita
privarle de ella, se ofende,
vuelve á amarla y la defiende
con esfuerzos, y llora y grita?
pues lo mismo es el amor;
parece que va á olvidar,
le dan celos, vuelve á amar,
y hace el empeño mayor;
tú debieras aguardar
á verme mas sosegada;
que de ayer enamorada,
cómo es posible olvidar?
el decirte del Rey bien
es primer paso de amor,
no el último; que es rigor
que mis deseos estén
de sola una hora de ausencia
de Enrique tan olvidados,
que aun van con él mis cuidados,
como estaban en presencia:
si algun intento tenia
de amar al Rey, le he perdido
con saber que tú has querido
gozar lo que yo quería:
pierde de amarle el cuidado
ahora, que por mi fe,
yo misma te avisaré
cuando haya á Enrique olvidado. *Vase.*

Inés. Muerta he quedado! ah cruel!
tan cautelosa me tratas?
así de formas te mudas?
así finges? así engañas?
si pretendes que abandone
mis amantes esperanzas,
no lo esperes; en mi pecho
dura enemistad te labras;
yo me opondré á tus ideas,
y lograré mi venganza,
que no sabes lo que puede
una muger irritada.

Sale Chichon.

Chich. Entro al castillo de Luna:
quiera Dios que con bien salga!

sobre poco mas ó menos
así el Conde de Saldaña
dicen que dijo.
Inés. Qué veo?
quién sois? y cómo en la sala
os entrais de esa manera?
Chich. Hombres de mis circunstancias,
aunque mas gustan de alcobas,
no se hallan mal en las salas.
No me conoces? *Desembózase.*
Inés. Chichon!
Chich. Pué miras? de qué te espantas?
no sabes aquello de
pan perdido?
Inés. Estoy turbada!
Chich. Traigo del Conde mi amo
para tu prima una carta.
Inés. Muestra, darésela yo.
Chich. No será posible hablarla?
Inés. Qué es hablarla? tú eres muerto
si te conocen en casa.
Chich. Qué hay del Rey?
Inés. Sus pretensiones,
y no pocas esperanzas.
Chich. Cómo desde anoche aquí
haber puede tal mudanza?
Inés. Qué quieres? vive el que vence.
Chich. La culpa es de quien os ama:
fuego en las...
Inés. Quédate en las.
Chich. Pues si ya me entiendes, basta.
Inés. Qué habia de hacer mi prima?
Chich. Rebentar por una hijada
antes que dejar al Conde.
Inés. Siente mucho su desgracia?
Chich. Mucho mas la sentirá
cuando sepa esta jugada;
el mansísimo señor,
que levantaba diez cargas
de polvo en cada suspiro,
(tan reciamente soplaba)
ahora perderá el juicio!
vuélveme luego su carta,
no quiero que se la des.
Inés. Es necesaro entregarla,
que tal vez hará su letra
efecto en dureza tanta.
Chich. Qué no podré verla yo?
Inés. No podrás hasta mañana,
porque está escribiendo al Rey.
Chich. Eso mas?
Inés. Sus alabanzas
no deja; aquí á mí me dijo
que hacia al Conde ventaja,
que andaba á caballo airoso
y en todo tenia gracia:
pero vuelve, como digo,
mañana.
Chich. Estás endiablada?
volver? primero me vuelva
envidioso con desgracia,
cantor con voz de perrengue,
bailarin con malas patas,
jugador con poca dicha,
casado con mucha fama,
y finalmente muger,
que es peor: á Dios.
Inés. Aguarda.
Chich. Qué quieres?
Inés. De este tal vez *Ap.*
necesitaré mañana:
no quisiera que te hallasen:
entra en mi cuarto, y de él baja
al jardin, y sal por él,
que así nadie en tí repara,
y vuelve.
Chich. Sí, volveré,
pero serán las espaldas. *Vase.*
Inés. Parece que la fortuna,
si hasta aquí me trató airada,
empieza á templar su ceño:
amor, leamos la carta;
veamos qué dice Enrique
á su venturosa dama.
Abre la carta, lee, y en tanto salen el Rey y el Maestre.
Rey. Mientras ocupado tengo
á su padre, vengo á hablarla.
Maest. Me parece que no aciertas
en frecuentar esta casa,
por su opinion.
Rey. Yo la abono.
Maest. Antes por tu misma causa
padece, que como nadie
sabe tus intentos...
Rey. Calla,

que aquí está su prima.
Inés. Quién?
pero Señor, aquí estabais?
á qué buen tiempo venis!
que un asunto de importancia
tengo que comunicaros.
Rey. Maestre, en la otra sala
me espera.
Maest. Ya te obedezco.
Rey. Hablad ya.
Inés. Por mí esa carta
puede hablar.
Rey. Letra es del Conde.
Inés. Sí Señor.
Rey. Dice así.
Inés. Para, fortuna, una vez tu rueda
favoreciendo mis ansias.

Lee el Rey.

Aunque debo ausentarme de Sevilla, las ansias de verte me ponen grillos; quedo escondido en casa de un amigo, hasta que la noche me dé lugar de hablarte. Aguárdame, señora mia, en la puerta del jardin como otras veces, que serás mi esposa, ó yo perderé la vida.

Enrique.

Caso estraño! conque el Conde
no es amante de mi Juana?
Inés. Hace mucho que me sirve,
mas mi prima apasionada
dió en obsequiarle, y así
providencia necesaria
fue encubrir nuestra pasion
para mas asegurarla;
mas tengo justos recelos
de que Enrique para dama,
no para esposa me quiere;
y pues esta noche trata
de venir, yo te suplico
que mi opinion...
Rey. Inés, basta,
solo porque me has quitado
la dura penosa carga
de mis celos, cuando no
mi propio interes mediara,
accederia á tu intento;
sobre mi celo descansa,
que el Conde será tu esposo,
ó mi rigor... pero Juana.

Sale Juana.

Juana. El Rey aquí? V. A.
señor, sea bien venido.
Rey. Sin duda alguna lo he sido,
pues desde hoy mi dicha empieza;
ya estaba de vos quejoso.
Juana. Yo no he sabido hasta ahora
que aquí estabais.
Rey. Ya, señora,
despidió mi amor celoso
las sospechas que tenia:
carta de mi hermano es esa.
Juana. Sin duda, que manifiesta
en ella...
Rey. Su demasía:
hacerla quiero un engaño: *Ap.*
como ya señora es justo
comunicaros mi gusto,
aunque os cueste un desengaño,
sabed que el Conde me escribe
grandes arrepentimientos
de sus necios pensamientos,
de que ya tan lejos vive:
pídeme perdon, y dice
que le case de mi mano,
que le estime como hermano,
y como Rey lo autorice.
Yo, que por asegurar
mis celos, no puedo hacer
cosa mas justa, muger
le quiero á Enrique buscar;
y porque sin vos no es bien,
quiero consultar con vos
quién será, pues á los dos
nos toca honrarle tambien;
bien conocereis por fama
ó por vista, quién podria
merecerle.
Juana. No sería
poco dichosa la dama;
porque Don Enrique es tal,
que no hay nadie que se atreva
á competirle, y se lleva
la palma de sin igual:

en la guerra valeroso,
en los estrados cortés,
de todas las damas es
objeto maravilloso;
discreto sin presuncion;
tantas prendas atesora...

Rey. Parad; qué decís, señora?

Juana. Manifiesta mi opinion
y mi pensamiento llano,
sin intenciones siniestras,
pues no dejan de ser vuestras
las glorias de vuestro hermano.

Rey. Aunque él justifica cuanto
vos, señora, encareceis,
gusto de que alabeis;
pero que no sea tanto,
que aunque me ilustra el blason
de Rey, soy hombre, y amante.

Juana. Pero vos estais distante
de toda comparacion:
y los reales blasones
os elevan á una esfera,
que exenta se considera
de vulgares impresiones:
y pues que ya vuestra Alteza
en su consejo me ha dado
lugar, y en el que es de estado
está su mayor grandeza;
mirando bien, qué muger
puede merecer al Conde,
la misma razon responde,
que yo sola puedo ser:
deme vuestra Alteza á mi
á su hermano, que bien creo
que tiene el mismo deseo,
pues me lo pregunta así;
porque si no le tuviera
de que él en mí se empleára,
claro está que no me hablara,
ni ese consejo pidiera:
honrar al Adelantado
puede V. A. así;
y darme tambien á mí
lo que tanto he deseado;
y al fin puesta en mi nivel,
y de vos desamparada,
en Don Enrique empleada
soy dichosa y tambien él. *Vase.*

Rey. Ah! que nunca desengaños
fuisteis buenos en amor,
que el desengaño mejor
causa mayores engaños!
si esta muger no quisiera
á Enrique, y á tí te amára,
¿ posible es que se esplicara
de tan resuelta manera?
Ella su dicha asegura,
y tambien la de mi hermano,
si amor enlaza su mano,
pues de qué lo conjetura?
cierta es su correspondencia!
todos me engañais á mí!
vete, Inés, vete de aquí,
que me ofende tu presencia.

Inés Creo que la última herida
he dado ya á mi esperanza;
pero cuando la venganza
procedió mas advertida? *Vase.*

Rey. Con qué justa razon á la esperanza
dieron nombre de flor, pues que la imita
en que tan brevemente se marchita,
que tiene entre las hojas la mudanza!
Lucientes perlas al aurora alcanza,
de matizado círculos escrita,
belleza que la noche solicita,
para perder su ardor en su templanza.
Sembraba yo, porque la tierra nueva
me prometió de amor ricos favores:
ay necio engaño, de mis celos prueba!
¿De qué sirve sembrar locos amores,
si viene un desengaño, que se lleva
árboles, ramas, hojas, fruto y flores? *Vase.*

Campo: en el fondo una puerta de rejas abierta, que comunica á un jardin: salen Chichon y Don Enrique.

Enriq. Repite, Chichon, mi infamia:
vuelve á matarme de nuevo:
que á Pedro ama Doña Juana?

Chich. O por pasiva, Don Pedro
de Doña Juana es amado.

Enriq. Mientes; no puede ser esto;
mas sí será, que conmigo
las desventuras nacieron!

Cómo cabe tan estraña
mudanza en tan poco tiempo?
mas para hacer infelices,
un siglo es cada momento.
Por eso solicitaba
mi ausencia: ó vil fingimiento!
si así la verdad se oculta,
quién puede correrla el velo?
Muerto estoy! triste de mí!
en donde hallaré consuelo?
Toda mi razon se ofusca
en laberinto tan ciego:
yo dí crédito á una falsa;
y ahora estoy padeciendo
por mi culpa, por mi culpa...

Chich. Y por tanto pido y ruego...

Enriq. Qué dices?

Chich. Nada; prosigo
para ayudarte.

Enriq. Confieso
que estoy loco.

Chich. Yo tambien:
pero recobra el sosiego,
y atiendeme.

Enriq. Cómo quieres
que pueda atender un muerto?

Chich. Tú estás muerto?

Enriq. Sí.

Chich. Y con habla?

Enriq. Habla por mí mi tormento.

Chich. Ya, señor, sofisticamos?
peligro corre el cerebro.

Enriq. Ven acá, cuando da el alma
el hombre, no queda muerto?

Chich. Así lo dijo un Albeitar
tomando el pulso á un jumento.

Enriq. Un amante no da el alma
á su dama?

Chich. Esto es muy bueno
que digan los boquirubios,
pero no los boquinegros:
porque cómo puede estar
sin alma un hombre?

Enriq. Eres necio:
pero por qué yo disputo
contigo, si ya me siento
sin voluntad, sin memoria,
tambien sin entendimiento,
sin sentidos, sin accion
para nada? qué mas muerto
he de estar? entiérrame.

Chich. Ya se le derrite el seso: *Ap.*
Señor, por amor de Dios
que vuelvas en tí.

Enriq. O ejemplo
de ingratos!... la sepultura
me niegas?

Chich. Yo no la niego;
mas reniego de la perra
que de esa suerte te ha puesto.

Enriq. Vive Dios, pues no obedeces..

Chich. Tente, Señor, ya te entierro:
quiero seguirle la tema: *Ap.*
no te has de echar en el suelo?

Enriq. Qué mas postrado me quieres
en el horror del desprecio?

Chich. El primer difunto en pie
serás que vió el siglo nuestro.
Ahora bien, ya entran en casa
tus amigos y tus deudos,
todos cubiertos de luto.

Enriq. Y por qué ha de honrar á un necio
muerto, solo por su culpa,
tanta multitud de cuerdos?
mas sí, que la necedad
es honrada en estos tiempos;
y muertos todos son unos
los necios y los discretos.

Chich. Los niños de la doctrina
vienen en fila aquí dentro:
ó cuánta sarna que traen!

Enriq. De la doctrina son esos.

Chich. No lo ves?

Enriq. Por dar doctrina
del amor mas verdadero,
huérfano y desamparado
como esos niños me veo.

Chich. Las cofradías tambien
por su órden van siguiendo:
esta es de la Soledad.

Enriq. Anduviste muy discreto
en traerla, pues que solo
como ninguno padezco.

Chich. Estotra es de los Dolores.

Enriq. Terribles son los que siento:
mas dime, no hay Cofradía

de la firmeza?

Chich. En el cielo,
que por acá no se usa.

Enriq. Bien por mi mal lo estoy viendo.

Chich. Los pobres son de las hachas:
mas no cogen aquí dentro;
ea, sálganse al zaguan:
no lo entienden? acabemos,
que es muy estrecha la sala,
y no huele bien el cuerpo.
Ahora entran los hermanos
que cargan con el féretro:
quieres que agarren de tí?

Enriq. Qué sé yo lo que me quiero,
ni qué hago, ni qué digo,
ni si existo, ni si muero.
Traidora imaginacion,
ingrata á tu mismo dueño,
dónde me conduces? dónde,
de mis propios pensamientos
podré huir? aleve Juana!
cómo me dejaste? ó cielos!
pero muger y mudanza
tienen un principio mesmo.
Qué se hicieron tus favores?
mas fueron flores de almendro,
y un cierzo las ha secado!
loco estoy! matarme quiero!
no, que primero es vengarme;
pero dónde están los medios?
Contra el poder, qué venganza
puede haber? delirio, sueño
es lo que pasa por mí;
este tenebroso velo,
estas sombras que me ofuscan,
esta rabia que alimento
en mi propia fantasía,
el furor que reconcentro,
el dolor que me devora,
este volcan, este incendio,
esta desesperacion
solamente en el averno
se padece; en él estoy,
del caliginoso reino
las sombras piso: allí miro
á Tártalo, que al risueño
cristal los labios aplica,
y huye el agua en el momento.
Sísito sube á la peña
que vuelve á rodar de nuevo:
mas allá atado á una roca,
está el triste Prometéo,
que da á Carnívoro buitre
con sus entrañas sustento:
y se quejan, ah cobardes!
que los que estais padeciendo,
de mis crueles dolores
apenas son un bosquejo:
las furias á mí se acercan:
qué quereis, monstruos horrendos?
cuánto tiempo ha que tomásteis
la posesion de mi pecho?
Las ensortijadas sierpes
que vibrais, débil veneno
derraman: mayor ponzoña
es la que yo estoy bebiendo
sin cesar, y no da fin
á dolores tan acerbos.
Reunid todas las penas,
y los dolores intensos
de cuantos desesperados
encierra ese obscuro seno,
y formad un dolor solo,
que ese es el que yo padezco:
mirad si puede haber otro
mas amargo y mas inmenso;
que al fin aquí no se ama,
y yo amo y tengo celos.

Entra en el jardin.

Chich. El se ha ido y me ha dejado
con el gasto del entierro:
mas si alguien quiere enterrarse,
ya que soy sepulturero,
venga, que chico con grande
enterraré á real y medio.

ACTO TERCERO.

Salon corto: salen el Rey y el Maestre.

Rey. Que Castro el Adelantado
se retiró á casa enfermo?

Maest. Sin duda leve accidente
es el suyo, segun pienso.

Rey. Cualquiera indisposicion
es muy temible en los viejos,
que la edad yela la sangre,
y debilita el esfuerzo:
mucho sintiera el perderle,
pues si la verdad confieso,
á su valor y esperiencia
debo felices sucesos.
Maest. Yo fuí á verle; y te aseguro
que me arrepentí de hacerlo.
Rey. Por qué?
Maest. Porque supone cosas
que te han de dar sentimiento.
Rey. Viste á Juana?
Maest. No, que estaba
de su padre junto el lecho
ocupada en asistirle:
mas ví á Inés, y...
Rey. Nada temo;
prosigue.
Maest. Me refirió
que la encontraste leyendo
una carta.
Rey. Así es verdad,
y sobre ello el fundamento
de toda mi dicha pongo.
Maest. Pues dalo ya por deshecho.
Rey. Cómo?
Maest. Como te engañó.
Rey. Tuvo tal atrevimiento?
Maest. Qué muger procede cuerda,
con envidia, amor y celos?
Rey. Qué dices?
Maest. Que apasionada
de Enrique, dando por cierto,
segun los elogios que
de tí Juana habia hecho,
y otras varias espresiones,
que tú serías su dueño,
la pidió que si llegaba
á ocupar el trono regio,
se interesase en su amor;
despertaron estos celos
la inclinacion de su prima;
y entrambas se indispusieron:
llegó por casualidad
á manos de Inés un pliego
de Enrique para su prima;
ella leyó su contesto,
y te dijo lo que sabes;
pero siente haberlo hecho,
y te pido consideres,
que un celoso movimiento
obscurece la razon
en sus impetus primeros;
y que te sirva de aviso
para gobernarte.
Rey. Veo
que es afortunado Enrique
con las damas.
Maest. Confesemos
que lo merece.
Rey. Es verdad;
pero ese conocimiento
ni hace menos bella á Juana,
ni alivia lo que padezco.
Maest. Pues si tú á tu mal no buscas
el mas seguro remedio?
Rey. Y cuál es?
Maest. Ella no sabe
tan amantes sentimientos?
Rey. Quién lo duda?
Maest. Pues, Señor,
si ya conoce tu afecto,
aunque no te corresponda,
su gratitud á lo menos
tienes empeñada; pues
pensar que un hidalgo pecho,
ya que no pague el cariño,
se resista á agradecerlo,
la eleccion desacredita,
puesto que infama el objeto:
ofrecela, pues, el trono,
y de esta suerte añadiendo
tan poderosa fineza,
sobre su agradecimiento,
en tu favor se decide,
y logras tus pensamientos.
Rey. Conque á fuerza de intereses
se han de conquistar afectos?
Maest. Nunca mucho costó poco.
Rey. Pero es demasiado un reino;
además que en tu presencia,
á sus pies corona y cetro
la ofrecí.
Maest. Mas lo tendría

por galante ofrecimiento,
no por caso decido:
y hablaste en ese supuesto,
pues tu misma indecision
acredita ese concepto.

Rey. Y aunque mi tálamo admita,
di, me admitirá en su pecho,
cuando se halla poseido
de otra pasion?

Maest. Los diversos
estados hacen mirar
bajo distintos afectos
las cosas: en Doña Juana
hay mucho discernimiento,
y pensará como Reina,
si acaso llegáre á serlo.

Rey. Y si no basta lo Reina
para obligarla?

Maest. Sabremos
entonces, que esa muger
es el Fénix de estos tiempos.

Rey. Ven, pues, que luego que el sol
ilumine otro emisferio,
veré yo otro sol que sigo,
sus claros rayos bebiendo;
y concerás, Maestre,
que entregado á tus consejos,
de mis amantes finezas
apuro todo el estremo.
O amor! cómo de tu fuerza
no es resistible el imperio!
pues en las humildes chozas,
y en los palacios escelsos,
igualando calidades,
eres despótico dueño.
Seme esta vez favorable,
y dedicaré á tu templo,
hechas de oro las cadenas
que arrastro para trofeo
de tu fuerza irresistible;
pero eres ciego, y advierto,
que entre las luces tropieza
el que se fia de un ciego. *Vase.*

Jardin, salen Elvira y Doña Juana.

Juana. Mira, Elvira, lo que dices.

Elv. Señora, no hay duda en ello:
yo lo ví.

Juana. Que Chichon dió
un papel á Inés?

Elv. Es cierto;
por señas que le esperaba
al salir del aposento
para hablarle, y no salió,
aunque estuvo largo tiempo
esperando; conque es claro,
que tu prima con misterio
por la puerta del jardin
le sacaria.

Juana. Recelos,
qué dices?... Elvira, vete.

Elv. Mandas algo?

Juana. Qn en acecho
estés por si alguien viniere,
ó mi padre, que durmiendo
está, despierta y me llama;
en todo caso á este puesto
nadie permitas que llegue
sin avisarme primero.

Elv. Alcahuetico es Chichon
segun lo que aquí estoy viendo.
Siempre dije que tenia
propia cara de tercero. *Vase.*

Juana. Quedamos buenos, finezas?
decid, amor, quedais bueno?
qué confusiones son estas?
qué enigmas que no comprendo?
Enrique papel á Inés
sin darme noticia de ello?
declararme ella su amor,
y pensando que prefiero
al Rey, pedirme favor
para hacer su casamiento
con el Conde? mas que acaso,
esto parece concierto;
porque Inés, á no tener
alguna esperanza al menos
de Enrique, no se arrojára
á poner sus pensamientos
en un hermano del Rey;
pero pudo adelantar
tanto Enrique el fingimiento,
y quebrantar con infamia
las leyes de caballero?
sí, que en el amor no hay ley;
y en su político reino,

como se logren los fines,
no se repara en los medios.
Si mi amor habrá hecho espaldas
á otro amor?.. mas qué instrumento
resuena? será tal vez
Fabio, nuestro jardinero,
que del trabajo descansa,
y varias veces el viento
suaviza con la armonía
de sus agradables ecos.

Pasea Juana, como oyendo una voz que canta lo siguiente.

Voz. En el campo me metí
á lidiar con mi deseo,
conmigo mismo peleo,
defiéndame Dios de mí.

Juana. En el campo me metí
á lidiar con mi deseo,
conmigo mismo peleo,
defiéndame Dios de mí?
Parece que habla conmigo
esta sentenciosa letra;
pues adivina y penetra
el mal que en mi pecho abrigo:
porque el mayor enemigo
que tengo, lo llevo en mí,
que un tiempo libre me ví,
é ignorante del rigor
y tiranía de amor,
en el campo me metí.
Ya que conozco el poder
de esta pasion lisongera,
huir su engaño quisiera,
y no me puedo vencer;
la razon podria ser
que alcanzára este trofeo;
pero muy débil la veo;
y de ella no espero nada;
al mirarme precisada
á lidiar con mi deseo.
¿De qué sirve la razon,
por mas que clame severa,
si en el alma prepondera
la fuerza de la pasion?
dentro de mi corazon
clara la victoria veo;
todo se rinde al deseo,
y el entendimiento duerme,
porque yo por no vencerme
conmigo mismo peleo.
Mi propio destino aguarde
la que cuando amor la embiste,
al principio no resiste,
porque despues ya es muy tarde:
yo no lo hice, fuí cobarde;
ya lloro lo que perdí,
y pues no me defendí
cuando tenia denuedo,
ahora que ya no puedo
defiéndame Dios de mí.

Salen Enrique y Chichon.

Enriq. No me tengas.
Chich. Dónde vas?
Enriq. A perderme.
Chich. Estás en tí?
Enriq. Pues si yo estuviera en mí
amára á una ingrata mas?
Juana. Qué es esto, quién es?
Enriq. Quién es?
la pregunta es estremada!
qué, ya estás tan olvidada
que me ves y no me ves?
pues yo te diré quién soy.
Juana. Mi sufrimiento se apura.
Enriq. Soy un alma que procura
el pecho en que ya no estoy,
soy un hombre que solias
decir, aleve, que amabas,
cuando menos estimabas
que el amor las Monarquías:
soy quien tuvo tal ventura,
que mereció de tus labios
seguridades de agravios,
si hay cosa en muger segura:
soy el que perdió por tí,
su Rey, su hermano, su dueño,
la noche para tí sueño,
y desvelo para mí;
soy cometa que pasó
por el cielo, si se debe
tal nombre á hermosura breve,
que donde nació murió:
soy....
Juana. Un perjuro, un tirano,
un cruel, un alevoso,

un cocodrilo engañoso,
un mal nacido, un villano,
una serpiente nociva,
una esfinge, una sirena,
una alma de infamia llena,
donde la maldad se aviva,
un traidor ya manifiesto,
digno de odioso renombre
en el mundo, y eres hombre,
que todo he dicho con esto:
vete, y no me veas mas;
y si quejas apercibes,
á mi prima, á quien escribes
de secreto las darás:
que esta hazaña tuya es.

Enriq. Tú dices que á Doña Inés
he escrito?

Juana. Pues no es así?

Enriq. No señora, sino á tí,
Chichon la verdad dirá.

Chich. Quién crédito no te dá
me ha de dar crédito á mí?
pero yo traje el papel,
y tu prima le tomó.

Enriq. Pues cuándo la quise yo
para regalarme en él?
Si quiso engañar infiel
al Rey, no lo sé; mas creo
que nació de tu deseo;
concierto debió de ser,
porque tú puedas hacer
con el Rey mas alto empleo;
el Rey merece agradarte;
mejor empleada estás,
y lo que aquí siento mas,
es que quieras disculparte;
pero amarle no era parte
para venderme con él:
tú, sí, que le has alabado,
y aun escrito, eres infiel;
mas pues mes has abandonado,
yo huiré de ti, cruel:
mas huir de qué me vale
si tengo de volver luego,
como por la cuerda el fuego
vuelve á la parte que sale?
Mejor es que el fin iguale
al principio á que nací,
yo quiero morir aquí,
sepa el Rey que aquí me tiene;
mátame, por qué no viene
si quiere vengarse en mi?

Juana. Enrique?

Chich. Pero, Señor,
qué es esto?

Enriq. Pues no lo ves?
yo he querido á Doña Inés?
la tuve en mi vida amor?
pase un villano traidor
mi pecho, si tal pensé,
tal serví, ni tal hablé;
ni puede ser, en lugar
donde tú ya estás, entrar
otra hermosura, otra fé:
no lo digo por moverte,
que no te pienso mover,
ni quererte, ni querer
que me obligues á quererte;
sino que no quiero verte
disculpada en mis agravios.

Juana. Conde?

Enriq. No muevas los labios,
que despues de agravio cierto,
nunca vuelven á concierto
los amantes ni los sabios;
estos tus papeles son,
con esa encarnada cinta,
quién dió veneno con tinta,
sino muger y traicion?
romperá pues mi razon
cláusulas tan engañosas.

Juana. Nunca han sido artificiosas;
no las quieras destruir,
que aunque las vuelva á escribir
no saldrán tan amorosas.

Enriq. Déjame.

Juana. Así Dios me guarde...

Enriq. Ya nada quiero saber.

Juana. Créeme...

Enriq. No puede ser.

Juana. Por qué causa?

Enriq. Porque es tarde,
y es razon que me acobarde
de mi Rey justo respeto.

Juana. Y si ser tuya prometo
cuando esté desengañada?

Enriq. Serás de mí tan amada
como mereces, y aun mas;
pero bien sé que serás
del Rey, que estás obligada.
Juana. A quien se hace de rogar
y me desprecia, no es bien
que mis deseos le den
ocasion, sino lugar;
voime á no ver olvidar,
que he querido bien al Conde.
Chich. Dónde vas, Señora?
Juana. Dónde?
voy, Chichon, á no querer
al Conde.
Chich. No puede ser;
que el Conde te corres ponde
mira que ojazos aquellos,
y qué mirarte á traicion;
no le ves el corazon,
y aun el hígado por ellos?
Juana. Tiénesme por los cabellos.
Chich. No tal, Señora, que tú eres
quien te tienes, porque quieres
tenerte.
Juana. Mal me conoces.
Chich. No te irás, así te goces.
Juana. Mal conoces las mugeres.
Chich. Pero si tú no lo eres,
sino ángel por la hermosura.
Juana. Si Enrique nada procura,
Chichon, por qué me detienes?
Chich. Vamos, Señor, qué previenes?
no te dejas ablandar?
quieres hacerla llorar?
Enriq. Pues no se quiere partir?
Chich. Si ella se quisiera ir,
quién lo habia de estorbar?
pues mira que la muger
no ha de sufrir lo que el hombre.
Enriq. Como mi esposa se nombre,
di que la quiero querer,
Chich. Claro está que lo ha de ser.
Juana. Conde, si estoy satisfecha
de mi pasada sospecha,
seré tu esposa.
Enriq. No sé
que satisfaccion te dé,
si mi verdad no aprovecha.

Sale Elvira.

Elv. Señora?
Juana. Qué traes, Elvira?
qué hay?
Elv. El Infante Don Tello,
de parte del Rey, hablarte
solicita.
Enriq. No oyes esto?
Chich. Y no sería peor
que viniese á hablarla él mesmo?
Juana. A dónde está?
Elv. Con tu prima
Doña Inés queda ya dentro
de tu mismo cuarto.
Enriq. A Dios.
Vamos, Chichon.
Juana. Adónde?
Enriq. Lejos
de donde padezco tanto.
Juana. Espérate; yo te ofrezco
que acabarán muy en breve
tus ansias y mis recelos.
Enriq. Qué dices?
Juana. Que pues la noche
comienza del manto negro
á desarrugar las sombras,
á hablar al Rey me resuelvo,
y pedirle que del todo
abandone mis obsequios,
pues de lo contrario, voy
á encerrarme en un convento;
y si esta resolucion
la atribuyere á tu afecto,
le diré que no se engaña,
y que no cabe otro dueño
en mi corazon, en donde
tú eres el Rey verdadero:
quieres mas?
Enriq. Besar tus plantas
por lo mucho que te debo.
Juana. Mas haré: hablaré á mi padre,
y si quieres le hablaremos
juntos: sabrá nuestro amor,
y tal vez por este medio
podríamos conseguir
el casarnos de secreto.
Enriq. Eso es lo mas acertado.
Juana. Pues no perdamos el tiempo.

Elvira?

Elv. Señora mia?

Juana. Cuando se vaya Don Tello
hallarás á Don Enrique
junto á la estátua de Venus,
le llevarás á tu cuarto,
que está junto al mio; pero
cuidado que lo ejecutes
con recato y con silencio.

Elv. Está bien.

Juana. Pues á Dios, Conde.

Enriq. A Dios, señora; yo quedo
temblando.

Juana. Un hombre de tanto
valor?

Enriq. Es de amor el miedo.

Juana. Vístelo de mi firmeza,
pasará al contrario estremo.

Vanse por distintos lados, y Elvira como deteniendo á Chichon, le dice:

Elv. Qué tal da de sí el oficio?

Chich. Qué oficio?

Elv. Pues no hace tercio
en la partida?

Chich. No hago
ni tercio, quinto, ni sesto;
que no heredé la coroza
que llevaron sus abuelos.

Elv. Pues trae y lleva de valde?

Chich. Yo nada traigo, ni llevo,
sino sobre ojos á ella,
cuya lengua es, segun creo,
mayor que el badajo de
la campana de Toledo. *Vase.*

Sala de Doña Juana: salen Doña Inés y el Maestre.

Maest. Esto me dijo mi hermano
que os suplicase.

Inés. Yo debo
obedecer á mi Rey.
Y muy ganánciosa quedo,
si de mi loca imprudencia
olvida el atrevimiento.

Maest. El sabe que se halla el Conde
en Sevilla, y por supuesto
da que vendrá á ver su dama,
á favor del negro velo
de la noche, y solicita
averiguar sus intentos
por sí mismo.

Inés. Sentiría
que si á Enrique hallase dentro,
se arrojára...

Maest. No temais,
que es generoso Don Pedro,
á pesar de los que infaman
de su honor el claro espejo.

Inés. Pues yo le introduciré
en mi cuarto; vendrá luego?

Maest. En cuanto yo me retire
de esta casa, donde tengo
que comunicar á Juana
un importante secreto.

Inés. Ella viene, yo os aguardo.

Maest. Bien está: guárdeos el cielo:
Vase, y sale Doña Juana.
estrañareis mi visita.

Juana. Si la verdad os confieso,
no esperaba tanto honor.

Maest. Muchos mayores el cielo
os reserva.

Juana. Pué decis?

Maest. Que sois dichosa en estremo:

Llégase á una puerta, donde comparece un hombre, que en una fuente dorada trae una magnífica corona.

ola, Gonzalo? llegad. *Vase el hombre.*

Juana. Dudando estoy y temiendo.

Maest. Este regalo os envia
Deja la fuente en una mesa.
el Rey: corred ese velo,
y entended, pues sois discreta,
lo que encierra ese misterio;
y no dejeis, Juana hermosa,
por lo dudoso lo cierto. *Vase.*

Juana. Y no dejeis, Juana hermosa,
por lo dudoso lo cierto?
Qué será? válgame Dios!
temblando estoy de saberlo;
pero sea lo que fuere,
enigma tanto apuremos:

Descubre la corona, y queda un rato suspensa.

válgame el cielo! qué miro?
una corona Real!
ya es mas terrible mi mal!

si estoy soñando ó deliro?
ya no estraño cuando admiro
del Rey el intento honroso,
que Don Tello misterioso
y grave me aconsejára
fuese cuerda, y no dejára
lo cierto por lo dudoso.
Quién es bastante á impedir
que del Rey esposa sea
cuando él mismo lo desea?
Si lo llego á resistir,
si no lo quiero admitir,
su altiva saña despierto,
á mi Enrique veré muerto,
que en amor no hay que esperar:
luego es locura dejar
por lo dudoso lo cierto.
Mas si el Rey, Enrique fuera,
yo sé que me coronára,
y que mi frente llegára
del solio á la sacra esfera;
fineza tan verdadera,
proceder tan generoso,
un sacrificio glorioso
está pidiendo en su abono:
luego hago bien si abandono
lo cierto por lo dudoso.
Pero cuál será mi suerte?
en qué fundamento estriva,
con qué esperanza se aviva
de mi amor la pasion fuerte?
á perderme y á perderte
camino si bien lo advierto,
Conde mio: no habrá puerto
que nos pueda guarecer;
luego por qué he de perder
por lo dudoso lo cierto?
Desde el solio soberano,
bien mio, en tí reinaré
como hasta ahora reiné,
ganarás lo que yo gano.
Serás, menos que mi mano,
de todo dueño dichoso;
y algun dia mas gozoso,
te verás lisonjeado
de que yo no haya dejado
lo cierto por lo dudoso.
Pero tal vez huirás
de tu amor desesperado,
y á otra pasion entregado
mis celos despertarás,
y mi pecho dejarás
como un árido desierto,
mi corazon frio y muerto
al placer, y lloraré
entonces que no dejé
por lo dudoso lo cierto.
Mucho deslumbras, corona,
mucho puedes, mucho alcanzas,
muchas son tus esperanzas,
mucho tu valor te abona,
muchas dichas eslabona
de tu círculo al compás;
mucho persuadiendo estás,
mucho es tu poder y encanto;
pero no blasones tanto,
que hay quien pueda mucho mas.
Cede, sí, cede de amor
al poder irresistible,
pues que todo lo visible
le da el tributo mayor:
no he de comprar tu esplendor
á costa de mi finura,
por mas que la edad futura
me arguya con destemplanza,
que preferí una esperanza
á una posesion segura.
Sí, Enrique, no un cetro solo
dejaré yo por amarte,
por servirte y regalarte,
sino cuanto alumbra Apolo:
hasta el contrapuesto polo,
arrestada á todo caso,
verás que sigo tu paso,
y los peligros no temo;
porque en tus ojos me quemo,
y en tus amores me abraso.
En mi ejemplo la muger,
que tan mal tratada es,
muestre que el desinterés
tambien llega á conocer,
que sabe ilustrar el ser
que la dió naturaleza;
y del hombre la fiereza,
que con indigna arrogancia
nos arguye de inconstancia,

aprenda de mi firmeza.

Llégase á una puerta.

Elvira?

Elv. Señora.

Juana. Y el Conde?

Elv. Aquí está.

Juana. Llegue al momento.

El Rey y el Maestre al bastidor, y tambien Doña Inés; y sale Don Enrique.

Rey. Temblando estoy de mí mismo, al mirar lo que estoy viendo.

Juana. Conde y señor, ya es preciso, ó que huyamos, ó tomemos aquella resolucion que te dicte tu talento, para huir de los enojos del Rey, contando primero que mi padre lo permita, que sí hará.

Enriq. Pues qué hay de nuevo, que á esa precision obligue?

Juana. Vuelve los ojos á verlo, y mira lo que me trajo de parte del Rey Don Tello. Esto es decir que me quiere para esposa, no hay remedio: dispon lo que te parezca: no te amedrenten los riesgos, que mi corazon amante á todo hallarás dispuesto.

Rey. Rara fineza de amor! yo no sé cómo contengo los poderosos impulsos de la envidia y de los celos.

Juana. Qué tienes, Señor? suspiras! de qué has quedado suspenso?

Enriq. De ver hasta dónde puede llegar del hado lo adverso! Oye, Señora: aunque el Rey solicitaba tu afecto, jamás creí, aunque te sobran para mas merecimientos, que estendiese la fineza á partir tálamo y cetro contigo: yo fuera injusto si á tan alto casamiento me opusiera: el Rey te quiere para esposa, y este empeño me quita la preferencia por tan plausible y honesto: pero acaso no bastára á vencer mis sentimientos, si otras consideraciones no ayudasen á vencerlos: en tantas doradas puntas como el luminoso cerco guarnecen de esa corona, estoy mirando los reinos que de Castilla componen el alto solio supremo: hácia el cielo levantados, parece piden al cielo una noble Soberana que dichosos pueda hacerlos: ninguna mejor que tú, ninguna en el universo á tan justos votos puede dar debido complemento: no sin causa poderosa, los misteriosos decretos del destino, tantas prendas en tí sola reunieron: luzcan en el alto solio: sean precioso ornamento de la corona, que yo sería un vil, un perverso, si á tantos desventurados, como en tí hallarán consuelo, los privase de un alivio tan dulce y tan lisongero: y pues el hacer felices sin duda es el bien supremo que se disfruta en la tierra, por hombre, por caballero, y lo que es mas, por amante, Juana divina, no debo retraerme de que logre ventura tanta tu pecho. ¿Habia de permitir que los siglos venideros dijesen de mí que pude elevar al trono regio mi dama, y que no lo hice por interesado afecto? no señora, no señora, venzamos nuestros deseos:

ocupa el solio; haz dichoso
al Rey, y á todos tus reinos;
que sofocando mi amor,
yo seré, Juana, el primero
que jurándote por Reina,
de buen vasallo dé ejemplo.

Juana. Calla, aleve, fementido,
ingrato, mal caballero,
que hay delitos que el decirlos
es mas culpa que el hacerlos:
si porque temes al Rey...

Salen todos.

Rey. Quién teme sin ofenderlo?

Juana. Vos... señor... aquí...

Enriq. Qué susto!

Chich. De esta hecha volaverunt
mi amo y yo: si paramos,
no será de aquí á Marruecos.

Maest. Severo está el Rey. *Ap.*

Rey. Amor,
mira que se ultraja el cetro
con tu victoria: ya hazaña
has de ser, si fuiste afecto.
Enrique, pues cómo ignoras,
siendo un hombre tan discreto,
que á veces el ser dichoso
es delito, y no de aquellos
que fácilmente perdona
el poder? tu atrevimiento
en haberme competido
mi venganza está pidiendo.

Enriq. Si me oiste, bien sabrás
que á mi obligacion atento,
yo me vencia, mi dama
á tu respeto cediendo...

Rey. En eso me competiste,
no en amarla, pues para eso
hallaste la misma causa
que yo en su merecimiento.
En dominarte á tí mismo
me competiste; supuesto
que la mayor accion debe
nacer del mas noble pecho.
Los Reyes, son Reyes siempre;
y los mas altos empeños
al mayor poder encargan
los celestiales decretos:
vencerse es lo mas dificil,
y mucho mayor trofeo
es vencerme yo que tú;
pues si bien lo considero,
es mas dificil el lauro
al mayor poder opuesto.
Este tu delito ha sido,
el que castigar pretendo
con nobleza, y no con saña:
dad la mano á Enrique luego.

Juana. Soy obediente.

Chich. Buena es
obediencia con torrezno.

Enriq. Señor, deja que á tus plantas
muestre mi agradecimiento.

Rey. Levanta, Enrique, á mis brazos:
vos, Inés...

Inés. Yo solo ruego
á mi prima, que perdone
mi imprudencia.

Juana. No me acuerdo
sino de que soy dichosa.

Rey. En memoria del suceso *A Juana.*
pintareis en vuestras armas
una corona; advirtiendo
que esté pintada al revés,
pues de ella hiciste desprecio.

Juana. No fue de su dueño ofensa.

Rey. Ni yo tal, Señora, creo:
pero á dar esta noticia
al Adelantado entremos,
porque sepa que dejasteis
por lo Dudoso lo Cierto.

FIN.